



La historia de las plañideras

HUGO MADRIGAL



Los llantos y lamentos se dejaban escuchar a cada rato en el funeral. Las plañideras habían llegado de San Pedro Ayampuc que distaba a pocos kilómetros de la ciudad.

Las mujeres que eran contratadas para llorar en funerales constituyeron una tradición que se mantuvo en Guatemala desde tiempos de la colonia. Ahora en pleno siglo XX ya no se ven en ningún funeral. Esta costumbre empezó a desaparecer en las dos últimas décadas del siglo recién pasado, aunque en uno que otro lugar del altiplano guatemalteco, se conserva aunque asistan a llorar a un funeral, pero ya es muy poco, ya casi no hay plañideras.

Según dice la tradición, las plañideras eran contratadas para llorar y lamentarse por la pérdida del difunto a donde asistían. Era de muy buen augurio que llegaran a llorar y clamar por la muerte de la persona ya que así se salvaba en la otra vida donde eran acogidos por buenas personas.

DON JORGE, EL CARNICERO

Cuando falleció don Jorge, que tenía una carnicería en el barrio de Gerona de la ciudad de Guatemala, los vecinos casi no lo lamentaron ya que el carnicero era muy jodido según decían en el mercado y en la vecindad.

El susodicho muerto, en vida había sido una persona que siempre se había aprovechado de la bondad de los vecinos y en el mercado donde tenía la carnicería trataba mal a la gente, pero como así somos, nos gusta que nos traten mal. Cuenta doña Chon que decía don Jorge: "¡Ah, es que el indio por mal quiere!"

"La amargura de don Jorge venía desde su juventud, sus sueños se habían truncado al querer partir a los Estados Unidos, y eso fue en los años cuando se pasaba sin ningún problema al país gringo, pero él tuvo la mala suerte que cuando estaba planeado el viaje sus papás fallecieron en un trágico accidente y como era hijo único, se quedó muy triste y ya no pudo viajar a los Estados Unidos, porque se deprimió mucho, que casi se muere.

Como era bueno para el negocio, no perdió la carnicería que tenía su viejo en la casa; y a los pocos días empezó a trabajar en ella. Con el tiempo la carnicería llegó a ser la más buscada de los vecinos, por lo que encontró un buen local en el mercado y allí envejeció, junto a su mujer y sus dos hijos varones, que le ayudaban en el negocio.

En la vecindad y el mercado se corrió como pólvora que había fallecido de un coma diabético en el trayecto de su casa al mercado, como iba solo, cayó

en la banqueta de una casa y se lastimó severamente el cerebro. Cuando le avisaron a la mujer, trató de llevarlo a un sanatorio pero fue imposible salvarle la vida, el coma diabético fue mortal para el pobre carnicero. La familia, como sabía que no era querido en la vecindad, contrató a varias mujeres de San Pedro Ayampuc para que fueran a llorar y lamentarse por la muerte de don Jorge.

Las plañideras, lloran y clamaban con tanta fuerza que los vecinos decían que el llanto de las indias de San Pedro Ayampuc había permitido el ingreso al cielo de tan malquerido personaje”.

DOÑA MECHES

Doña Meches tenía una venta de dulces típicos frente a la iglesia de Santo Domingo allá por los años sesenta. Era una viejita tan querida que todos los vecinos la visitaban para platicar con ella y al mismo tiempo comprarle dulces de cajeta que traían de La Antigua Guatemala y ella los vendía casi al mismo precio de lo que costaban en la Ciudad Colonial.

Católica devota, era también plañidera y lo hacía “por tradición –según decía– y no necesito ser indígena para ir a llorar a donde me convidan cuando hay un difunto, manifestaba”. Ella se sabía la historia de las lloronas, como se decían muchas personas. Según la leyenda hubo un tiempo en la época de la colonia, cuando los españoles aún reprimían a los pobladores y para poder ser aceptados en el cielo, pedían que indígenas lloraran por ellos y clamaran su partida de esta tierra, el fin decía doña Meches, era que llorando las indias y los indios ante el cuerpo del

español fallecido, en el cielo lo aceptaban porque creían que había sido justo”.

Pero doña Meches, negaba que engañaban a Dios, “pues verá usted, a Dios nadie lo engaña, pero tal vez este acto de misericordia lo compadecía y perdonaba –a saber–, lo más seguro es que la gente mala se va con el diablo aunque las lloronas los acompañemos en su duelo. Yo sí, sólo voy a llorar cuando me entero que el muerto era buena persona”.

“Porque vea usted, no crea que sólo a los malos les va uno a llorar, también a la gente buena se le acompaña en los llantos y clamores, es así la tradición, pero empezó como le digo, al principio sólo a los que eran malos se les iba a llorar para que los dejaran entrar al cielo”, luego doña Meches los persignaba.

LAS MUJERES LLORONAS DE SAN PEDRO AYAMPUC

En San Pedro Ayampuc aún hay una que otra llorona que va a clamar y llorar cuando hay un difunto, pero ahora sólo lo hacen entre los mismos pueblos indígenas que circundan dicho municipio.

En San Luis y Las Villas existen también un grupo de estas mujeres que se unen a las de San Pedro y asisten a los velorios.

Cuando una persona muere es acompañada hasta el cementerio, en el trayecto las plañideras van llorando y clamando diciendo que por qué se lo llevan al otro mundo. Muchos niños que asisten al funeral se asustan de los grandes lamentos que escuchan a las plañideras.

Las mujeres lloronas de San Pedro cuentan que de vez en cuando las llaman los ladinos de la capital para que vayan a llorar, pero ya muy poco, se ha perdido esta tradición que por muchos años fue muy común en Guatemala donde dando lamentos y llantos acompañaban al fallecido.

QUETZALTENANGO

Allá por el año de 1984 me encontraba en la ciudad altense, cuando vi venir un desfile de personas que acompañaban un entierro y se acercaban al cementerio.

Un grupo de mujeres indígenas lloraban y escandalizaban el desfile. Me dije qué persona tan buena sería la fallecida, que como la lloran y claman a altas voces.

Como ya estaba cerca el cortejo fúnebre decidí esperar para pasar al otro lado de la carretera. Aprecié a las lloronas y eran un “mar” de llanto y lamentos. Mi acompañante, un líder indígena me dijo que estas mujeres eran contratadas para llorar y clamar por el difunto para que fuera aceptado en el cielo.

